EL PRADO.

«Irás al *Prado*, Leonor,
En cuya grata espesura
Toda divina hermosura
Rinde tributo al amor.
¡Cuántos, mirándote allí,
Aumentarán sus desvelos!
No quieran, Leonor, los cielos
Que te los causen á tí.»

Comedia antigua.

«Hácia la parte oriental (de Madrid), luégo en saliendo »de las casas, sobre una altura que se hace, hay un sun- »tuosísimo monesterio de frailes Hierónimos, con aposen- »tamientos y cuartos para recibimientos y hospedería de »reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. En- »tre las casas y este monasterio hay, á la mano izquierda »en saliendo del pueblo, una grande y hermosísima ala- »meda, puestos los álamos en tres órdenes, que hacen dos »calles muy anchas y muy largas, con cuatro ó seis »fuentes hermosísimas y de lindísima agua, á trechos »puestas por la una calle, y por la otra muchos rosales »entretejidos á los piés de los árboles por toda la carrera. »Aquí en esta alameda hay un estanque de agua que

»ayuda mucho á la grande hermosura y recreacion de la »alameda. A la otra mano derecha del mismo monesterio, »saliendo de las casas, hay otra alameda tambien muy »apacible con dos órdenes de árboles que hacen una calle »muy larga hasta salir del camino que llaman de Atocha. »Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran »parte se va arrimando por la una mano á unas huertas. »Llaman á estas alamedas el *Prado de San Hierónimo*, »donde de invierno al sol y de verano á gozar de la fres»cura es cosa muy de ver y de mucha recreacion la »multitud de gente que sale, de bizarrísimas damas, de »bien dispuestos caballeros y de muchos señores y seño»ras principales en coches y carrozas. Aquí se goza con »gran deleite y gusto de la frescura del viento todas las »tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, »sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen »cuidado y diligencia de los alcaldes de la córte.»

Hé aquí una pintura del Prado de Madrid, hecha en el siglo XVI, y consignada en un librote nuevo de puro *viejo*, que, como várias personas, no tiene otra recomendacion que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿Qué diria el autor (*maestro Pedro de Medina*) si levantára la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha? — Diria..... ¡qué habia de decir! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los específicos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente dia.

Por lo demas, si tales alabanzas prodigaba al Prado cuando lo desigual é inculto de su inmenso término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmundo arroyo que corria por toda su extension, y demas circunstancias que le afeaban, hacía olvidar tal

cual trozo más bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿qué diria, vuelvo á repetir, si le atravesase hoy en toda su extension de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magníficas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan, formando una bóveda encantadora? ¿Qué al contemplar en toda su extension ocho primorosas fuentes, entre ellas la de la Alcachofa, Neptuno, Apolo y Cibéles, cuya excelente ejecucion honra la memoria de los artistas españoles? ¿Qué del lindísimo Jardin Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la real Platería, de las magníficas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería el amor embellecia, como en éstos, los sitios más ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir:

«Los prados en que pasean
Son y serán celebrados;
Bien haceis en hacer prados,
Pues hay bien para quién sean»,

el mismo, Tirso de Molina, Calderon, Moreto y demas poetas de su tiempo se esmeraron en encomiarle á porfía con las descripciones más interesantes y románticas. Así que el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

¡Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas que, á hurtadillas de sus padres ó hermanos, venian á este sitio al acecho de cual ó cual galan perdidizo, ó bien que se le encontraban allí sin buscarle! ¡Quién no cree ver á éstos tan valientes, tan

pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡aquellas criadas malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarrones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! — ¡Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no sólo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudia y ensalzaba, como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberian acompañar á este Prado, que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo, ¡qué de venganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron tambien su suelo! Con efecto; su fragosidad, las circunstancias políticas y la inmediacion á la córte del Buen Retiro llegaron á darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta.

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres, el Prado sólo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya cubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus amables atractivos, vienen periódicamente todas las tardes á este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galan ó galanes objeto ú objetos de sus suspiros; la reunion de la parte más visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen á este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figurémonos verle en una de las apacibles tardes de verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado ademas con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza á ser el punto de reunion general. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del lado de San Fermin y las de Atocha, las del Jardin Botánico y las del paseo de Recoletos, viene á refluir en el gran *salon*, centro de todo el

Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho salon, por delante de la fuente de Neptuno; á la derecha tendrémos la calle destinada á los coches que corren á lo largo de todo el paseo. Mirarémosla henchida de carruajes de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio espacio para los coches de la familia Real, á cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del país y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los países extranjeros; v. gr.: detras de un elegante tilbury, que Lóndres ó Brusélas produjeron, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo, sentado una cuarta más abajo, viene arrastrando con dificultad un cajon semi-oval y verdinegro, á quien el maestro Medina podria muy bien llamar carroza en el siglo XVI, y en el XIX llamamos *simon*, verdadero anacronismo ambulante. Síguele en pos linda carretela abierta, charolada y refulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas, elegantemente ataviadas á la francesa con sombreros y plumas, ocupan el centro; el cochero, de gran librea, obliga con pena á los briosos caballos á seguir el paso del furgon que va delante, y dobles lacayos, con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato á ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo tambien gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va dentro; no léjos de él pasa el modesto cabriolé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde á su esposa; ni falta tampoco almagrado y extraño coche de camino, con grandes faroles y ataviado á la calesera; ni berlina redonda

con soberbios caballos andaluces, que comprometen la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza, todos se sujetan al carril trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibéles hasta la puerta de Atocha, y en el mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes jinetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas, que ostentan su bizarría dominando un fogoso alazan.

Inmediato á este paseo mírase una estrecha calle que formaria parte del salon principal, sólo interrumpida por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una division más sensible. Como los carruajes van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarian muy á mal el ser confundidos con la multitud, eligieron este pequeño recinto como el punto más á propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada; y áun á despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y el polvo que ellos y los carruajes levantan, todo lo más notable del paseo se *extracta* aquí, no sin graves apreturas, encontrones, distracciones y contorsiones. Cierran con los bancos este recinto multitud de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es, al poco más ó ménos, el valor del capital. La extension del paseo proporciona la ventaja de volverse á encontrar várias veces durante la tarde, con un período, ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje ó haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los piés sobre otra, los anteojos sobre la nariz y el baston bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salon, mira desfilar delante de él la inmensa multitud; por poca que sea su penetracion, muy luégo descubre las intriguillas amorosas; sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de inteligencia de los mozos; marca los saludos expresivos; nota en los semblantes de las madres los diversos síntomas de la vanidad, del cariño maternal ó del desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que, entretenido por el travieso niño, se distrae con él, miéntras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las expresiones de doble sentido y las que se dicen al paso y mirando á otro lado; está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico; y nada, en fin, se escapa á su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado, por supuesto, para que no se destruya tan débil máquina, con notable desman del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque más mímicamente representada.—Mira á los elegantes rigoristas, afectando en su traje, en sus modales y en su habla las costumbres extranjeras: obsérvalos andar tortuosamente y sin direccion fija, ora arrimándose á los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparece cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento á éstas y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso, siguiendo á otras.

Todas estas y más mudanzas habian hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sujetos ambos cuya fama se extiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el salon del Prado hasta el teatro del Príncipe; miran pasar un elegante landó; corren precipitadamente á situarse en paraje conveniente, miéntras que una hermosa jóven baja, acompañada de un

caballero de edad; síguenla de cerca, y entablan en *frances* el diálogo siguiente :

«—*Ce mari, mon cher, est un homme bien original..... toujours auprès de sa femme.*

—*Cela t'étonne?..... Un chevalier du quinzième siecle.....*

—*Epoux d'une elégante du dix neuvième.*

—*Que veux tu, mon cher? ces vieux maris dissent que le cœur ne vieillit pas.*

—*Oui..... et leurs petites femmes..... hein?* (con sonrisa irónica).

—*Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.*

—*Bah! Tu oublies que de son temps on n'apprennait en Espagne que notre pauvre langue! Car, je conviens, nos ayeux etaint des sottes gens!*

—*Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la cruelle..... Elle ne te regarde pas, mon cher.....*

—*Elle m'adore cependant, car elle rit toujours lors qu'elle me voit..... oui, mon cher, elle rit.*

—Bravó, *mon cher*, bravó ; *c'est bon signe.*»

Á este punto pasó un quidam del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado, le cogió el esposo del brazo y siguieron andando ; viendo el recien venido que ambos consortes iban riendo, no pudo ménos de preguntarles la causa, y el marido, con suma cachaza, le dijo en voz alta :

—Amigo, no puede V. figurarse lo que me voy divirtiendo con esos tontos de extranjeros que vienen detras.

—(*Diable*, dijo uno de los dos. — *Tais toi*, replicó el otro.)

—Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver á mi mujer; vuelven, se paran, y hacen, en fin, más mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.

—Pero hable V. bajo, que lo van á comprender.

—¡Qué han de comprender! Si no saben el español; nada ; impunemente puedo decir que son unos majaderos.

(La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido, como temiendo que ellos lo entendiesen.)

—No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habian de ocupar en aprender el español? Nada ménos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.

—Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atreveria á apostarlo, pues en sus modales echo de ver más caricatura que carácter frances.

—¡Cómo es posible que lo sean! ¿No ve V. que no entienden lo que digo?

—Cierto, que eso me hace dudar.....

(Durante esta conversacion, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en frances, sin darse por notificados del contenido diálogo.)

Cerca ya de anochecer, subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi á escape por la Carrera de San Jerónimo los dos elegantes ambiguos, siguiendo el coche; pero el cochero (á quien sin duda habian descuidado aquella tarde) no les tenía consideracion, pues sacudiendo los caballos, obligó á los de á pié á volar y sudar, hasta, que convencidos de que con cuatro piés se va más léjos, y que ellos por la bondad del cielo no podian contar más que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por medio del salon.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguílos con disimulo, y pude escuchar la conversacion. Por supuesto, era en español corriente, y por los nombres que mutuamente se dieron, no pude ménos de conocer que eran en un todo *originales*. Hablaron largo de su aventura, rieron estrepitosamente, y despues se lamentaron de que, por haber paseado *del lado de allá*, ha-

bian faltado á la cita con ciertas *chicas* que les habrian estado esperando *del lado de acá.*

—Ya ves, decia el uno, durante la fuerza de la tarde ya conoces que sería muy *plebeyo* pasear á este lado.

—Es verdad; y aunque acaso nos hubiera traido más cuenta.....

—Sí; pero tú debes decirlas que hasta el anochecer no nos esperen.

—Cierto que ya al anochecer es distinto, porque al cabo ésta es una intriguilla de *tercer órden*, y como si dijéramos de *entre sol y sombra.*

En esto, una viejecilla con dos muchachas, frescas y francas, apretaron el paso detras de ellos, y llegando bonitamente á su lado, les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo.—¡Ah, Fulanita, Zutanita, son VV.!—Y desde este punto y hora una conversacion jovial y animada se entabló entre los cinco, miéntras subian graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron á uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los Dos Amigos, la Estrella, Buen Gusto, etc., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y emparrado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejarémos por ahora para descansar un rato.

(Junio de 1832.)

LAS CASAS POR DENTRO.

CARTA DE UN CURIOSO PROVINCIAL AL CURIOSO MADRILEÑO.

«Señor *Curioso*, muy señor mio: desde que hallándome en esa capital empezó V. á publicar sus observaciones sobre las costumbres de Madrid, en el periódico titulado *Cartas españolas*, me incluí en el número de los suscritores á dicho periódico, lisonjeado por la idea de que, áun despues de mi salida de ésa, refrescaria en mi imaginacion (con el auxilio de V.) aquellos cuadros que tantas veces habian herido mis sentidos. Otro servicio áun más importante me ha hecho V., cual es el de haberme relevado de la insoportable precision de responder á tantas preguntas como al regresar de mis correrías me hacian siempre mi mujer, mis hijos y mis amigos; precision á la verdad más dura que lo que parece; pues ya sabe usted que el hacer descripciones no es para todos, y más si han de reunir las circunstancias de verdad, chiste é interes. Así es que vi el cielo abierto con la oferta de usted, y desde entónces, cuando alguno me importuna con sus dudas sobre tal ó cual objeto de la córte, siempre le re-

mito al momento en que á V. se le ponga en las mientes hablar de él.

»Pero es el caso, señor *Parlante*, que como quiera que es más fácil preguntar qué responder, casi siempre me encuentro atrasado de contestaciones con estas gentes, y Dios sabe lo que V. me hace penar hasta que llega la suya. Pero llega, y entónces es el pavonearme yo, reunir la asamblea, desplegar majestuosamente el papel, correr la vista en silencio por las primeras líneas, sonreirme un tanto, gozándome en la impaciencia de mis oyentes, y empezar en fin mi lectura con todo el énfasis de un poeta novel.

»Mas la exigencia de los demandantes rara vez se da por satisfecha con la racion que V. nos concede; quisieran ellos en pocos momentos ponerse al corriente de lo que sin duda habrá costado á V. muchos años de observacion; y si bien esta ansiedad me parece injusta é irreflexiva, no dejo, sin embargo, alguna vez de convenir con ellos en ciertos extremos.

»Por ejemplo, no pudo ménos de hacerme fuerza la reflexion de una de mis niñas, que decia dias pasados: — ¿Por qué ese señor Curioso casi siempre nos habla de los objetos públicos, como calles y paseos, y nada nos ha dicho aún del interior de las casas? Pues qué, ¿nada hay que decir de ellas en Madrid? — Calla, niña, la contesté yo, que *todo se andará si el palo no se rompe*, y trazas lleva el tal señor de no dejarlo tan pronto. — Mas si bien es cierto que la hice callar, no así calló mi imaginativa, que me inclinó á pensar que la chica podria tener razon, y que si en lo sucesivo habiamos de juzgar con acierto de los dramas íntimos que nos presente en sus cuadros familiares, era indispensable ante todas cosas hacernos tomar conocimiento exacto del lugar de la escena.

»Fué tanta la fuerza que me hizo esa consideracion, que me determiné á escribirle á V., y para más empeñarle en mi objeto (y sin que sea visto querer introducirme en su terreno), me ha parecido conveniente hacerle una ligera descripcion de la casa en que yo viví en Madrid, por si en ella encuentra alguna ó algunas circunstancias que pueden aplicarse cómodamente á las demas.

»Pero ántes de dar principio á mi bosquejo, será bien enterar á V. de que mi marcha á Madrid fué convidado por los veraces ofrecimientos de un antiguo amigo, sujeto de consideracion en la córte, el cual exigió de mí la circunstancia de haber de habitar en su casa, con el objeto de no apartarnos un punto en mis correrías por el pueblo; la posicion social de mi amigo, y sus más que medianas facultades, me convencieron de que sus ofertas no le serian molestas, y acepté el convite.

»Dí fondo en una de las cinco grandes calles que desembocan en la famosa Puerta del Sol, y delante de un luenguísimo caseron. La multitud de sus balcones y ventanas; la elegancia de su pintura, áun reciente, y las demas circunstancias que constituian su adorno exterior, me afirmaron en la idea de que iba á habitar en un palacio y en el seno de las comodidades; pero puse el pié en el portal y desapareció la ilusion, echando de ver, por mi desgracia, que éste era el primer petardo que se me ofrecia en Madrid.

»Por de pronto, el tal portal era medianamente estrecho, oscuro y prolongado, y la mitad de su espacio hallábase acotado por un remendon de zapatos, que á falta de portero, ejercitaba no mal el oficio de despertador; la otra mitad se hallaba interrumpida por el *doble* y repugnante depósito indispensable en los portales de la córte; por manera que para ganar la escalera era foroszo atravesar entre ambos escollos; es verdad que, en logrando pillar ésta, ya podia uno olvidarse de aquéllos, para ocuparse exclusivamente en las revueltas, desniveles y tor-

tuosidades de tan ingeniosa arquitectura; sólo tenía una contra tan prolijo exámen, y era que si por casualidad se oian resonar en la parte más alta las rotundas pisadas del aguador asturiano, no habia más remedio que volver á bajar, ó hacer que él volviese á subir, por la imposibilidad de hallar paso simultáneo. El adorno de tan magnífica escalinata era correspondiente, y consistia en una barandilla de hierro, enemiga natural de todo guante de color; unas ventanas que daban á un patio, cubiertas con vidrios verduscos y ennegrecidos por las moscas (á excepcion, empero, de algunos más claros que los de Venecia, por donde se trasmitia, no sólo la luz, sino el aire y el agua), y en lo alto de toda la fábrica, un tragaluz, que propiamente se la tragaba, y áun tambien á una numerosa cohorte de bichos centípedos que habitaban aquellas regiones.

»Delante de la meseta principal, un vaso de vidrio, enclavado cerca de una ventanilla, prestaba su escasa luz durante las primeras horas de la noche. Por último, en cada descanso habia dos ó tres ó más puertas que indicaban otras tantas habitaciones separadas, y al lado de cada una colgaba un pedazo de cordel, un hilo de alambre ó una cadena tosca de hierro para llamar. Exceptúanse, sin embargo, algunas puertas del piso tercero, donde, sin necesidad de llamar, solian abrir al menor ruido de botas.

»Mi amigo, segun pude averiguar á duras penas, ocupaba una de las habitaciones principales. No puedo negar á V. que la primera vista de ella me causó mucha extrañeza, no acertando á encontrar la más mínima analogía entre las circunstancias del sujeto y las de la habitacion; pero poco á poco me fuí convenciendo de que todo consiste en los nombres de las cosas más que en las cosas mismas, y que tal podria yo tomar por estrecha y mezquina venta, que no fuese sino espléndido y cómodo castillo.

»Despues de una antesala, que por lo breve podria pasar por esdrújulo, se entraba en el gran *salon*, que consistia en un *cuadri* no más *longo* que de unos veinte piés por quince de ancho. Compartian la pared de fachada dos balcones, dejando en el medio un espacio suficiente para un espejo, una mesa con un reloj y dos quinqués. La pintura de toda la sala era sencilla, de color de caña, interrumpida en las esquinas por fajas de otros colores, un sofá, una docena de sillas, cuatro chucherías en las rinconeras, seis vistas de la *Suiza* en sendos marcos de caoba, una modesta lámpara pendiente del techo, y un velador colocado debajo concluian el adorno del salon principal; el *gabinete* inmediato jugaba por el mismo estilo, si bien ostentaba dos muebles más, á saber, el indispensable brasero y una jaula dorada cerca del balcon. La alcoba principal no tenía más relieve que la cama lisa, llana y limpia de colgaduras y garambainas. Pasábase despues á unos *dormitorios* á guisa de camarotes de fragata, tan espaciosos, que el durmiente podia muy bien formarse una perfecta idea de su última mansion. En seguida me ostentó mi amigo sus *galerías*, que eran dos corredores, cuyas inevitables paredes se iban desgastando en los codos de los transeuntes. Estas estaban adornadas con colecciones muy entretenidas de mapas de las provincias de Valaquia y Moldavia.

»Tambien tenemos aquí nuestro jardin» — (me dijo, asomándome á un estrecho patio, donde campeaban hasta unos ocho tiestos, y cuya elevada altura, cruzada en todas direcciones de cuerdas llenas de ropas puestas á secar, le daban cierta semejanza al interior de un buque empavesado). Luégo me llevó al *comedor;* verdad es que entónces estaba haciendo de *sala de baño;* despues me mostró su *estudio*, cuyas vistas agradables sobre un tejadillo le hacian muy á propósito para el caso. —¿Y el *to-*

cador de tu esposa? le dije yo.—Ya le hemos dejado adelante, en aquella pieza donde tengo mi *biblioteca*.—¿Tambien ésa?—Tambien ésa.—En efecto; luégo pasamos por la biblioteca, y vi sobre una mesa dos legajos de Diarios de Avisos, una Guía de forasteros, un calendario, un tomo cuarto del Quijote, y una novela sentimental, que el maestro de baile habia prestado á la señorita.—Por último, vimos la *cocina*, que era ancha como cañon de chimenea y tan clara como las *Soledades* de Góngora; no tengo necesidad de advertir que se hallaba adicionada con el estrecho recinto que más léjos de ella debia colocarse, porque ya se sabe que ésta es circunstancia indispensable en las cocinas de Madrid. Desde allí se pasaba á una *despensa*, lo suficientemente húmeda para prestar cierto saborete á todos los bastimentos en ella apiñados; y, por último, se bajaba á los *sótanos* y *bodegas*, cuya extension era tal, que habia que mirarlos desde la escalera siempre que estaban surtidos de un carro de carbon ó de dos arrobas de vino.

»Tal, amigo mio, era la habitacion principal de esta casa; juzgue V. ahora de las demas. Pues siendo cual era, tenía dos tiendas, y en ellas vivian un sombrerero y un ebanista; el zapatero del portal dormia en un chiribitil de la escalera; un diestro de esgrima en el entresuelo; un empleado y un comerciante en los principales; un maestro de escuela y un sastre en los segundos; una ama de huéspedes, una modista y una planchadora en los terceros; un músico de regimiento, un grabador, un traductor de comedias y dos viudas ocupaban las buhardillas, y hasta en un desvancillo que caia sobre éstas habia encontrado su asiento un matemático, que llevaba publicadas várias observaciones sobre las principales alturas del globo.

»Por lo que á mí toca, bien pronto empecé á suspirar por las comodidades á que estaba acostumbrado, y así es que á los dos meses abandoné aquella mansion y volví á esta provincia; pero júrole á V. que no pude hacerlo sin notable deterioro de mis sentidos; pues gracias á la escasa luz que el patio empavesado nos suministraba, perdí algunos grados de vista; mi olfato llegó casi á neutralizarse con las contínuas exhalaciones de los pozos, albañales, comunes y vertederos de la tal casa; por una consecuencia inmediata vino á resentirse el gusto, que siempre tuve delicado; el oido perdió su natural fineza con la bataola del zapatero, del ebanista, del esgrimidor, de los chicos de la escuela y del músico, y sólo el tacto llegó á sutilizárseme hasta un punto tal, que atajaba en su camino en el punto y hora que queria á las antropófagas chinches que paseaban mi persona en aquellas fementidas alcobas durante la hora de la siesta.

»Hé aquí, curiosísimo señor, la pintura fiel de mi habitacion en Madrid; ignoro si las demas (hablo tan sólo de las de la clase media) se le parecen, y en este caso no puedo ménos de compadecer á ustedes, porque pagan á precio de oro tantas inconveniencias, miéntras aquí disfrutamos habitaciones cómodas y áun regaladas por lo que ahí cuesta una buhardilla. De todos modos, espero que me conteste para desengañarme, y que reconozca desde ahora uno de sus apasionados en —*El Provinciano.*»

Y *el Parlante*, poco deseoso de decidir tamaña cuestion, deja por hoy á sus lectores la propiedad de inclinarse al partido que bien quieran, y al *Provinciano* la posesion de ejercitar su despiadada sátira contra las casas de Madrid.

(Julio de 1832.)

NOTA.—Desde que se escribió este artículo en 1832 (hace casi medio siglo) ha cambiado el caserío de la capital, casi en su totalidad, de modo que ya afortunadamente puede decirse que carece

de exactitud aquella pintura, que entónces tenía toda la que exige la verdad.—La reconstruccion de Madrid, que empezó tímidamente en 1821, á consecuencia de la creacion de la importantísima Sociedad de Seguros Mutuos, y se desarrolló despues con la desamortizacion de millares de fincas de manos muertas, tomó un crecido vuelo en 1845, hasta el punto de renovar por completo calles, barrios, distritos enteros, como los de la plaza de Oriente, el Barquillo, el Congreso, la Puerta del Sol y calles adyacentes, y dirigidas las obras nuevas por inteligentes arquitectos, las realizaron con otro gusto y hasta con magnificencia y esplendidez, verificándose una completa revolucion en esta parte de nuestras costumbres.—Hoy, siguiendo el progreso de las artes y la aplicacion á esta industria de los grandes capitales, no sólo ha desaparecido casi del todo el antiguo caserío, y sustituido por otro más cómodo, elegante y de mejor aspecto, sino que con la duplicacion, por lo ménos, de la actual poblacion de Madrid, se ha ensanchado su perímetro en más de una mitad, formando los barrios nuevos y hasta magníficos de Recoletos, Salamanca, la Castellana, Chamberí, Pozas, Argüelles, etc., y haciendo caducar con esta transformacion mi antiguo «MANUAL DESCRIPTIVO», 1831-1844, reduciéndole á ser un documento histórico, tan retrospectivo, ó poco ménos, que mi otro libro «EL ANTIGUO MADRID».

1808 Y 1832.

Etas parentum, pejor avis, tulit
Nos nequiores, mox daturos
Progeniem vitiosorem.
HORAT.

El termómetro de Reaumur señalaba puntualmente 30 grados sobre cero, y el reloj del Cármen acababa de dar las cuatro de la tarde. Todo reposaba en torno de mí; dobles persianas y cristalería impedian la entrada en mi mansion al aire abrasador, que destruye las fuerzas, y á la accion áun más terrible del sol canicular; toda la casa presentaba el aspecto de una verdadera noche, y sus habitantes todos yacian entregados á las dulzuras del sueño; ningun ruido de carruaje ni de paseantes interrumpia el silencio de las calles, donde, segun la expresion de cierto viajero, «sólo se encontraba á tales horas algun frances y algun perro.»—Los cafés, las tiendas, los establecimientos de todas clases, cerrados herméticamente; los portales llenos de mozos que dormian; todo, en fin, reposaba en armonía perfecta, procurando recobrar en brazos de Morfeo las fuerzas que el calor habia debilitado.

Brava ocasion para que un extranjero nos hiciese una